



La desestabilización es fácil de conseguir en Italia, porque este país no ha estado nunca estabilizado desde que surgió el fascismo. En las fotos, dos momentos de los últimos disturbios de la Universidad de Roma, terreno de actuación de los "autónomos".

CUIDADO con el "modelo italiano": se importa con facilidad. El ministro italiano del Interior, Cossiga, va a explicar en la reunión de ministros del Interior de la Comunidad Europea acerca "de la voluntad de los terroristas de 'desestabilizar' una situación nacional". Desestabilizar es una palabra que ha nacido en el vocabulario político italiano. Como la expresión de "estrategia de la tensión". Fácil de exportar, brillante, espectacular. Hay países en que no puede dar resultado, porque no hay un fondo político que la reciba. Hay otros en que puede hacer un destrozo político importante. Por ejemplo, el nuestro.

Existe la opinión contraria: la de que son los ministros del Interior —esto es, las fuerzas que representan, las que están por encima y las que están teóricamente por debajo de ellos— los que aumentan la estrategia de la tensión. El mismo ministro italiano, Cossiga, ha escuchado en la Cámara las acusaciones del partido radical y la advertencia de que va a ser denunciado por éste, como consecuencia de los disturbios de la semana pasada. El partido radical italiano no es un "grupúsculo", no es de la extrema izquierda: es moderado y parlamentario. El término radical se ha infiltrado en Europa con la valoración que le dan los países anglosajones, que es el de extremista —en Estados Unidos es sinónimo de rojo—, pero en la política tradicional continental el término se ha depurado de su contenido británico del siglo XVIII —reforma atacando las "raíces del mal"— para adquirir el tono de una izquierda moderada, levemente socialista: se habla de "radicales socialistas". En Francia fue el partido de Eduardo Herriot, y en España el que se alió con la CEDA del señor Gil-Robles, en el "bienio negro" que combatió a la izquierda, coalición que perdió las

El antimodelo italiano

EDUARDO HARO TEGLEN

elecciones de febrero de 1936 ante el Frente Popular. Los radicales italianos forman un grupo pequeño, con pocos militantes, sólo cuatro diputados en el Parlamento y un cierto número de simpatizantes. El jueves de la semana pasada convocó una manifestación pacífica, no violenta, para apoyar su campaña de los "ocho referendums" que les parecen básicos para reformar la vida nacional. Estos ocho referendums se refieren a la abrogación del Concordato con el Vaticano, a la supresión del Código y los Tribunales militares, la de la comisión de investigación parlamentaria, hacer desaparecer el concepto de delitos de opinión, anular la Ley de Orden Público y suspender las subvenciones estatales a los partidos (el mismo partido radical está subvencionado, y está utilizando ese dinero que le da el Estado para su campaña).

Pero la manifestación política y no violenta fue prohibida y reprimida. El ministro del Interior tiene prohibidas todas las manifestaciones públicas hasta el 31 de mayo: hizo una excepción con la del 1 de mayo, por su carácter tradicional y social —en la realidad porque, apoyada por los grandes partidos obreros y las centrales sindicales, la manifestación se hubiese celebrado de todos modos— para evitar las provocaciones. Recordemos que son palabras que aquí pronuncia también con fre-

cuencia el señor Martín Villa, y que se contradicen desde la izquierda y los medios demócratas en general en el sentido de que es la represión violenta la que crea los disturbios. Recordémoslo, sobre todo, para ver hasta dónde llega la influencia del "modelo italiano" en el mundo oficial y en el de la oposición. La manifestación de los radicales quedó convocada en la plaza Navona, llegaron a ella millares de personas y se acordaron los accesos. En uno de ellos, el puente Garibaldi, una muchacha de diecinueve años fue alcanzada por un disparo de pistola y murió. Inmediatamente estallaron manifestaciones de protesta, disturbios, huelgas, asaltos con coctel Molotov a locales de extrema derecha. El desorden se ha generalizado. Según el ministro del Interior, la joven ha muerto como consecuencia de las guerrillas urbanas. El partido radical acusa al Gobierno. Una conferencia de prensa de su dirigente Marco Panella ha explicado que no han sido los grupos de la izquierda los culpables de la situación, y que la estrategia de la tensión es algo que interesa en primer lugar al Gobierno, el cual mantiene su prohibición para toda clase de manifestaciones, reprime las que se organizan ahora y lanza a la calle los blindados.

La desestabilización es fácil de conseguir en Italia, porque Italia no ha estado nunca estabilizada

desde que surgió el fascismo, y surgió ya en un terreno ardiente de luchas civiles. El fascismo cayó, como se sabe, no por sí mismo como en España o Portugal —por su vejez, por su esclerosis—, sino por la guerra mundial, al amparo de la cual hubo una serie de pequeñas guerras civiles: y una guerra de resistencia contra la ocupación alemana y el fascismo final. La ocupación militar americana determinó una forma de gobierno y forzó unas elecciones, para mantener al margen de la gobernación a los guerrilleros de la izquierda, y especialmente al partido comunista —que entonces era duro y pro soviético— y ahí comenzó la desestabilización de Italia. Ahí comenzaron las ayudas económicas que favorecían al capital y no al trabajo, el crecimiento de las diferencias de industrialización entre el Norte y el Sur, el aprovechamiento de elementos residuales del fascismo como expertos en anticomunismo, la caída del que fue gran partido socialista, la actuación de la policía política. Y la corrupción casi sin límites. Y el largo reinado, que aún no cesa, de la democracia cristiana. La sociedad italiana tenía necesidades revolucionarias, de transformación real de unas estructuras que venían directamente del feudalismo y de antes de la unidad nacional y que se habían perpetuado: una necesidad de transformación del fondo de convivencia, que es lo que prácticamente está pidiendo ahora el partido radical, quien no cesa de manifestar que hay que cambiar unas instituciones cuyas normas ascienden frecuentemente a la época fascista. Y que ahora ven perpetuadas hacia el futuro por la posibilidad del pacto entre la democracia cristiana y el fascismo. No es de desdeñar un antecedente de estos disturbios y de estas manifestaciones: el 5 de mayo se reunieron por primera vez desde hace treinta años unas comisiones del partido comunista y de la democracia cristiana. No

unas comisiones menores, o de tanteo, sino al más alto nivel: los presidentes, los secretarios generales, los jefes de los grupos parlamentarios. La iniciativa es de los democristianos, y no se limita al partido comunista, sino que quiere extenderse a otros grupos políticos de lo que se llama "el arco constitucional": socialistas, republicanos, socialdemócratas, liberales. Pero las reuniones de la democracia cristiana con estos partidos son frecuentes: la que han celebrado con los comunistas es "histórica" y se desprende de ella un cierto optimismo, "el optimismo de nuestra voluntad", según el democristiano Zaccagnini. Para Berlinguer, interlocutor de Zaccagnini, secretario general del Partido Comunista, "esta primera reunión ha sido útil en el conjunto, y ha sido positiva, sobre todo en razón de que hay un clima abierto y concreto en el cual han sido examinados numerosos problemas. Pero estamos todavía en una fase inicial". Los dos partidos tienen interés en señalar aún sus diferencias, más que sus convergencias. La democracia cristiana teme que se forme una "alianza nacional" contraria de todas las derechas —incluyendo los fascistas del MSI—, al malestar de los anticomunistas del Ejército y de la Policía y la condena de la Iglesia que sigue siendo opuesta al acuerdo con los comunistas, de la clase que sea: teme al capital, teme a los Estados Unidos, teme a las instituciones europeas. Y los comunistas temen, a su vez, la acusación de pactistas. De blandos, de coyunturales y oportunistas, de haber perdido de vista las reivindicaciones del proletariado, la necesidad de la reforma social. Y temen al mismo tiempo lo mismo que la democracia cristiana: la reacción de la derecha, que no sea capaz de consentir el pacto. (Seguimos, como se ve, con un "modelo italiano" exportable.) El "arco constitucional" no podría constituir un Gobierno que no fuera inmediatamente saboteado y desafiado al mismo tiempo por las dos fuerzas opuestas: por la extrema derecha y por la izquierda no parlamentaria. Pero la alternativa al arco constitucional, al Gobierno de unión de la izquierda parlamentaria, sería la disolución de la amarra y la convocatoria de elecciones generales nuevas que pudieran modificar las dosificaciones de las de junio de 1976. Es difícil saber si en menos de un año la opinión pública se ha modificado sustancialmente. Pero la verdad es que ninguna de las piezas de la maquinaria del poder desea estas elecciones. La democracia cristiana tiene miedo a perderlas, de la misma forma que el partido comunista tiene miedo a ganarlas, como ya lo tuvo en 1976. El miedo a la gran derecha nacional y mundial es importante.

En todo este tenebroso asunto, los necesitados de reforma en el

pais buscan otras vías. Notemos que la mayor parte de las reivindicaciones presentadas en el proyecto de los ocho referéndums no hacen alusión a la cuestión económica, al reparto de la riqueza y de la pobreza en el país, sino a una reforma total de la sociedad y a una cierta liberación de unos sistemas represivos del Estado. Se les responde con la utilización de esos medios represivos al grado máximo.

La doctrina del ministro del Interior, dispuesta a ser exportada a toda Europa por la vía de la CEE, y por los contactos directos con sus colegas europeos, es sencilla. Una masa de marginales, en la que forman estudiantes, obreros en paro o con ingresos reducidos, incluso masas obreras, ejercen la protesta a que les lleva su situación. Pero están manipulados por grupos numerosos reducidos "que predicán la violencia armada y me amenazan regularmente con una bala en la cabeza", dice en sus declaraciones a Robert Solé ("Le Monde", 13 de mayo). "Lo que es peligroso es la relación entre esos dos fenómenos, esa mezcla explosiva entre las masas y los teóricos de la lucha armada. Cuando veinte mil personas se manifiestan y entre ellas se en-

cuentran quinientos violentos que no se consigue aislar; cuando, de entre esos quinientos, cinco disparan y matan policías, ¿quién es el culpable? ¿No son responsables los veinte mil?". Esta es la doctrina. Es conocida. Pero estos cinco de entre quinientos de entre veinte mil, ¿a qué obedecen? ¿Vienen de la derecha o de la izquierda? "Eso no me interesa demasiado —responde el ministro italiano del Interior—: el objetivo es el de desestabilizar al país. Ultimamente el terrorismo de la derecha ha recibido golpes bastante duros, cuando ocupaba el primer lugar. Ahora son las actividades de la ultrazquierda (brigadas rojas, núcleo armado proletario, lucha armada por el comunismo) los que dominan". Lo que quieren: explotar o manifestar una situación que consideran prerrevolucionaria. "Las contradicciones del capitalismo, la degeneración del sistema y el crecimiento de tensiones conducen a una situación prerrevolucionaria. Favoreciendo reacciones, se provoca una ruptura en el diálogo entre el aparato del Estado, representado por la Democracia Cristiana, con la izquierda oficial; y se sitúa en estado de crisis la línea actual del Partido Comunista...". Los terroristas de la derecha querían, a su vez, "subrayar la

incapacidad del régimen democrático para responder a la necesidad de seguridad de los ciudadanos" y crear una necesidad de "orden" cada vez más grande.

Es evidente que en el enfrentamiento político toda situación que conduzca a esta forma de guerra civil que es el terrorismo de algún signo, en el que se pierden vidas humanas —generalmente ajenas al terrorismo, generalmente pacíficas y enemigas de la violencia, generalmente movidas en su asistencia a manifestaciones o en sus declaraciones públicas a una forma de apaciguamiento—, es absolutamente contrario a las normas de convivencia. "El terrorismo es la guerra", dice un reciente editorial del "Times" de Nueva York. "El terror, como otras formas de guerra, es una importación internacional. Promoverlo es un acto de guerra, e intentar sanciones internacionales contra él es trabajar por la paz. Ello podría significar la condonación de la injusticia como, desde luego, la implantación de métodos de preservar la paz y el orden internacional pueden también implicar malas soluciones, tratamiento desigual de las minorías y denegación de los derechos humanos, de una manera general. Pero desde que la muerte, causada por el terrorismo o por la guerra mayor, es en sí misma la principal denegación de los más elementales de los derechos humanos, el objetivo de cualquier sociedad sana, nacional o internacional, debe ser el de resolver esos problemas por la ley, y no por el tamborileo de las armas que no conocen dudas". Es un equivalente del famoso "prefiero la injusticia al desorden", de Goethe. Con el aditivo, para la contradicción más flagrante, de que, efectivamente, la muerte no es jamás, no debe ser jamás una razón política.

En todas las épocas de la Historia hay un momento en que ciertas formas de convivencia social, ciertas normas de la sociedad, ciertas estructuras, ciertos sistemas, se quedan vacíos de contenido. El malestar se produce entre una necesidad de cambio que no se sabe claramente cómo asumir y una comodidad de postura que no se quiere abandonar. En Italia, las formas de gobierno impuestas al terminar la guerra mundial eran en sí desestabilizadoras: el transcurso de más de treinta años no ha conseguido regularizar la situación, y las necesidades y obligaciones de mantener una estructura están evitando la serie de cambios que pueden considerarse como imprescindibles. Los sucesos de Roma —continuación de una serie ya muy larga, ya muy antigua; preludio de otros que serán inevitables— no son más que la espuma visible, la superficie de un mal interior. El "modelo italiano" es, desgraciadamente, un antimodelo. Copiar sus formas, copiar sus callejones sin salidas es un mal asunto. ■

